



número 29 (primer semestre 2014) - number 29 (first semester 2014)

Clases y lucha de clases: una posición en el campo de batalla teórico

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Issn: 1515-6443

Estructura de clases y clases de edad. Los límites de las hipótesis sobre el “matching” para analizar el lugar asignado a “los jóvenes” en el mercado de trabajo

María Eugenia Martín¹

Introducción

Actuales investigaciones que incorporan las mejoras macroeconómicas de los últimos años señalan que en un contexto de expansión de la demanda agregada, es decir, de aumento de los empleos disponibles, aún persisten problemas vinculados a la oferta (los trabajadores)

¹ Socióloga, Dra. en Ciencias Políticas y Sociales, Investigadora del CONICET en el ITP-IMD- UNCUYO, Prof. Adjunta Efectiva en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales -UNCuyo.

que permiten explicar por qué los jóvenes no acceden a mejores condiciones en su inserción laboral. Así, son los *déficits* de los jóvenes los que, fundamentalmente, no permiten crear entre oferta y demanda un *vínculo mutuamente estimulante* en un contexto de aumento de la demanda agregada. A pesar de esto sostienen que la situación de los jóvenes en términos comparativos no resulta tan complicada ya que a medida que ellos avanzan en su trayectoria éstas se “estabilizan” (Weller, 2009).

Frente a este diagnóstico, sostengo que sólo es posible relativizar y desproblematizar el lugar subordinado que ocupa la fuerza de trabajo joven en relación a otros grupos poblacionales, si se pretende desconocer que las relaciones de dominación (tanto de clase como generacionales) están en el corazón de la temática. Este ocultamiento se afina en una mirada sobre los jóvenes que sustrae sus problemáticas del análisis de los procesos de reproducción social. Desde esta perspectiva, lejos de minimizar la problemática laboral de vastos grupos juveniles, debería alertarse a los “sociólogos de la juventud” a canalizar los estudios más allá de las características individuales, a avanzar hacia estudios donde la estructura de las relaciones de clase, las representaciones y los esquemas de percepción que permiten explicar cómo se constituyen las prácticas y sus efectos en el funcionamiento del mercado de trabajo se aborden de manera claramente situados.

Pero ello sólo es posible desde una mirada económica alejada de las teorías neoclásicas y su principal aporte para comprender los vínculos entre la formación y el empleo de los jóvenes: la Teoría del Capital Humano en sus clásicas y actuales versiones.

Además, me propongo mostrar que cuestionar fuertemente el uso acrítico de estas ideas nos fuerza a revisar el concepto de mercado de trabajo con el que estamos operando en el estudio sobre la situación laboral de los jóvenes trabajadores desde los '80. Década caracterizada por el desplazamiento de esta problemática del campo de los estudios sobre la reproducción al campo del análisis culturalista y psicologista. Es necesario resituar la discusión, colocando la problemática de las clases sociales en el centro del análisis. Para ello adopto la perspectiva relacional e histórica propuesta por Pierre Bourdieu.

Asumir un enfoque de la dinámica social histórico y relacional implica no sólo un análisis estructural de las causalidades de los fenómenos, sino centrar nuestras preguntas en las relaciones sociales y no en los comportamientos de individuos aislados. Esta idea se retoma de una larga tradición estructuralista que identifica lo real con relaciones, por oposición al pensamiento sustancialista, visión común del mundo social que sólo reconoce como realidades aquéllas que se ofrecen a la intuición directa: el individuo, el grupo, las interacciones. Pensar relacionalmente es centrar el análisis en la estructura de las relaciones objetivas y subjetivas -lo que implica un espacio y un momento determinados- que condiciona las formas que pueden tomar las interacciones y las representaciones que los agentes tienen de la estructura, de su posición en la misma, de sus posibilidades y de sus prácticas.

Por otra parte, cuando nos referimos a una perspectiva relacional estamos ubicándonos en una posición que además de entender que las relaciones sociales son el objeto central de la investigación propiamente sociológica considera que ellas son siempre relaciones de lucha.

Este artículo comienza con la exposición de los principales núcleos conceptuales en las denominadas *hipótesis del matching* que se difunden ampliamente desde los organismos

internacionales. Para ello seleccioné un texto relativamente reciente de uno de los autores que con mayor sistematicidad ha producido investigaciones sobre los jóvenes y el empleo en los últimos años. En tres de las nociones utilizadas por este autor se concentra el análisis: los capitales, el mercado de trabajo y las heterogeneidades de los jóvenes.

En la siguiente sección, trato estos mismos nudos conceptuales desde la perspectiva teórica propuesta para concluir presentando la categoría *clases de edad* y sus implicancias para este campo de estudios.

1. Las hipótesis sobre el desajuste con énfasis en las características de la fuerza de trabajo juvenil

La precariedad y la informalidad caracterizan la situación laboral de la mayor proporción de los individuos que tienen entre 15 y 24 años en Argentina y en el Mundo (Pérez, 2007; Jacinto y Chitarroni, 2009; OIT, 2012). Desempleo, subempleo, inactividad, contratos temporarios, y/o auto-empleo a nivel de supervivencia, son etapas que suelen combinarse en el transcurso de sus vidas. La mayoría de los jóvenes, aun los que tienen oportunidad de estar en el sector formal de la economía, suelen acceder a empleos inestables, sin protección laboral y con bajos salarios.

En sentido estricto, tanto los planteos neoclásicos, como los institucionalistas, como los marxistas, sostienen que los jóvenes tienen un lugar marginal en el mercado, sin embargo, cada corriente teórica ha invocado razones diametralmente diferentes para explicar esta situación. De manera extremadamente esquemática, la primera considera que los jóvenes invierten poco en educación, la segunda porque cuestiones tecnológicas o políticas empujan a que nutran el segmento secundario del mercado y la tercera porque alimentan, fundamentalmente, el ejército de reserva (Toharia, 1983).

Ahora bien, una premisa indiscutible que emerge de los estudios sobre los jóvenes o más apropiadamente, sobre las juventudes, construidos desde diversos puntos de vista teóricos, es que no todos ellos tienen las mismas condiciones de existencia y oportunidades, y sus divergencias pueden ser analizadas en términos grupales. Sin embargo, cómo se construyen esos grupos sí es materia de debate.

A inicios de los noventa, en América Latina se comenzó a acuñar un conjunto disperso de argumentos sobre la relación entre los jóvenes y el mercado de trabajo para explicar la desocupación y la precariedad de las inserciones laborales en un contexto regional de mejora en los niveles de escolaridad con relación a las generaciones anteriores. Estos argumentos fueron paulatinamente transformándose en una batería de hipótesis que comenzaron a operar en el campo de los estudios sobre “los jóvenes y su relación con el trabajo”².

El primero de estos supuestos, en términos de su nivel de generalidad, sostiene que es la evolución de la actividad económica la que afecta las posibilidades de los jóvenes de insertarse laboralmente con relación a los adultos. Es decir, dicha inserción se ve afectada por el funcionamiento de la macroeconomía. Aquí es preciso señalar que sólo recientemente se

² Una primera sistematización de estas hipótesis se trata en Pérez, P. (2008).

ha aceptado esta idea, prácticamente inexistente durante los '90, y luego relegada en cuanto a su relevancia en la argumentación.

Una segunda hipótesis considera que, por el contrario, son factores inherentes al funcionamiento mismo del mercado de trabajo los que explican las dificultades de la inserción laboral de los jóvenes. Las fallas en la adecuación de las expectativas mutuas, las fallas en la información o las distorsiones introducidas por la legislación laboral son, según esta hipótesis, los factores que obstaculizan un armónico funcionamiento de dicho mercado.

La tercera y más difundida hipótesis señala el desajuste entre los niveles educativos, las competencias de los jóvenes y los requerimientos del mercado laboral, en un contexto de reestructuración productiva. Este desajuste existe a pesar del aumento de los años de escolaridad de los jóvenes. En esta línea, los déficits de formación son considerados factores externos al mercado de trabajo, los cuales estarían influyendo en su funcionamiento.

La última de las hipótesis, que ha cobrado una fuerza significativa últimamente, sostiene que el desempleo y la precariedad juvenil se deben al proceso de "matching", fundamentalmente, desde el lado de la oferta laboral. Es decir, los jóvenes están ajustando expectativas y experiencia laboral y, por lo tanto, no es tan serio el problema ya que a medida que obtengan experiencia e información se estabilizarían sus trayectorias laborales.

Al respecto, se argumenta que si se toma en cuenta la proporción de buscadores por primera vez de empleo, la duración de la búsqueda y la proporción entre ocupados y los cesantes recientes, se puede concluir que los jóvenes no presentan mayores problemas de empleo que los adultos. Las altas tasas de desempleo juvenil se explicarían por el mayor peso relativo que la experiencia laboral está teniendo entre los aspectos que los empresarios consideran relevantes a la hora de contratar. A ello se sumaría la mayor rotación entre situaciones de empleo y de desempleo que caracteriza a los jóvenes (Weller, 2007).

A continuación, cita exacta del núcleo de la argumentación expuesta por Weller:

Los mercados de trabajo son segmentados y la definición de la empleabilidad varía entre los segmentos. Específicamente, las posibilidades de acceder a los segmentos que prometen mejores condiciones de empleo y trayectorias laborales ascendentes dependen del capital humano, capital social y capital cultural de los jóvenes. Mientras que como capital humano se entiende al acceso a educación y capacitación de buena calidad, el capital social representa relaciones sociales basadas en la confianza, la cooperación y la reciprocidad y capital cultural el manejo de los códigos establecidos por la cultura dominante. El acceso a estas formas de capital es segmentado, por lo que la situación, los problemas y las perspectivas de los jóvenes son heterogéneos aspecto al que volveremos más adelante.

Cabe señalar que entre la demanda y la oferta laboral existen múltiples formas de retroalimentación. Específicamente, una demanda para mano de obra específica puede incentivar a jóvenes a estudiar o capacitarse en el campo requerido, atraídos por los beneficios ofrecidos. Una mano de obra educada y capacitada facilita el aumento de la productividad y la introducción de nuevas tecnologías, promoviendo de esta manera el crecimiento económico y un incremento en la demanda laboral. Lo mismo vale para relaciones laborales basadas en respeto, reconocimiento de derechos y confianza

mutuos, por lo que más allá de las características de la oferta y de la demanda laboral, la manera como se relacionan el capital y el trabajo juega un papel significativo por su contribución al desarrollo económico. Esto no implica denegar los intereses a veces opuestos de las partes, sino desarrollar prácticas que reconocen su legitimidad y que los tomen en cuenta para alcanzar los mejores resultados en el interés de ambas partes. (Weller, 2009: 107, el resaltado es nuestro)

Veamos detenidamente los elementos centrales de estos enunciados. Para el autor, el fomento de la demanda es sólo pensable en situaciones acotadas y no como estrategia generalizada y sostenible en el tiempo y, por otra parte, asume como punto de partida y naturaliza el hecho de que los mercados son segmentados y que en ellos se define la empleabilidad requerida para acceder a un puesto. En esta lógica para explicar por qué los jóvenes no acceden en mayor proporción a los puestos de calidad, se focaliza el análisis en las características individuales, que en su conjunto estarían afectando los niveles de productividad a los que los jóvenes podrían llegar. También se asume que en este juego de intereses contrapuestos entre capital y trabajo ambos son igualmente legítimos y, por lo tanto, están en igualdad de condiciones al momento de su “encuentro” en el mercado.

Podríamos decir que la propuesta de Jürgen Weller, ampliamente reproducida en diversos campos de investigación, sostiene claramente los postulados de la Teoría del Capital Humano. Considera, como es habitual en esta teoría, que el nivel educativo, y plantea más concretamente, que el acceso a determinada calidad educativa, la participación en relaciones sociales “virtuosas” y la internalización de adecuadas pautas culturales (características todas ellas atribuidas a los individuos) son los principales factores explicativos de la dinámica de las condiciones de inserción laboral de los jóvenes.

Desde la mirada que se propone en este artículo, ante la constante y sostenida situación de “desventaja” en la que se encuentran los jóvenes, y particularmente, los jóvenes de las clases trabajadoras, resulta insoslayable señalar que al menos sería importante preguntarse sobre cuál es el papel que los trabajadores jóvenes tienen en los mercados. Pero eso es impensable desde este esquema analítico. Ello implicaría al menos admitir que encuentran trabajo en condiciones de desprotección los grupos de trabajadores subordinados políticamente, entre ellos mujeres y jóvenes sin acceso a la “adecuada educación de calidad”. En definitiva, admitir que las relaciones de dominación no pueden sustraerse del análisis.

Sólo es posible ocultar la opresión asociada al lugar que ocupa la fuerza de trabajo joven (y, especialmente, algunos grupos de jóvenes en particular) en relación a otros grupos poblacionales, si una clara intencionalidad política domina la argumentación.

Pero enfoquémonos en los nudos centrales de dicha argumentación: a) los conceptos travestidos de capital y su declaración respecto a los “buenos capitales” que permiten el acceso a los mejores trabajos en el marco de una relación virtuosa entre capital y trabajo; b) la conceptualización del mercado de trabajo como lugar de “encuentro” entre oferentes y demandantes c) y por último, la constatación obligada de la existencia de “heterogeneidades” entre los jóvenes.

1.1. Del discurso de las competencias al discurso de la experiencia

En esa argumentación se sostiene que “una mano de obra educada y capacitada facilita el aumento de la productividad y la introducción de nuevas tecnologías, promoviendo de esta manera el crecimiento económico y un incremento en la demanda laboral”. La productividad aumenta la oferta de bienes y ello repercutiría en un aumento de la demanda de trabajadores.

La relación entre formación y productividad se encuentra en el centro de la argumentación de la Teoría del Capital Humano y ella ha fundado no sólo el argumento sobre el acceso al empleo sino también sobre su retribución, el salario³.

Esta teoría asume los postulados de la teoría de la *estratificación social* de cuño parsoniano (Bonafant, 1998: 40; Pescador, 1994: 161) como así también, los postulados de las teorías económicas *neoclásicas* de Walras, Jevons y Menger (Toharia, 1983: 15 -21), y considera que la función de la educación consiste en la formación de los individuos al servicio de la producción y la productividad en las modernas sociedades capitalistas.

La idea fuerza del planteo pretende mostrar que la adquisición de habilidades y conocimientos es una forma de capital, que en las sociedades occidentales de la posguerra ese capital creció con mayor rapidez que el capital físico, que ese crecimiento fue producto de una inversión deliberada y racionalmente orientada de los trabajadores y que ella explicaba los aumentos en las ganancias de los trabajadores, es decir, los diferenciales en los salarios (Schultz, 1992: 85).

Dado que las habilidades y conocimientos son inseparables del trabajador y, por lo tanto, se mueven con él en caso de renuncia o despido, es decir, son de su propiedad, quién afronta los costos de la inversión y quién obtiene sus beneficios es asunto de consideración para esta teoría⁴. Cómo se forma este capital es central en el análisis, pero más importante aún resulta la noción misma de la posesión por parte del trabajador de capital ya que esto trasluce claramente las posiciones neoclásicas respecto del mercado de trabajo.

El problema de determinar el valor de los factores de producción, tierra, trabajo y capital ha sido designado por los economistas neoclásicos (Walras, Jevons y Menger) con el nombre de distribución. Esta determinación es importante al momento de explicar en el mundo comercial moderno la decisión del poseedor de mercancías de venderlas. Esta decisión no se basa en la utilidad que tienen para él estas mercancías sino en su costo.

Ahora bien, es necesario distinguir claramente esta noción de la noción clásica de distribución. Para los clásicos (Ricardo, Marx) el tema era la participación del producto total que tocaba a las diversas clases y sus proporciones. “La nueva cuestión [neoclásica] era sencillamente el precio del mercado por unidad de las mercancías componentes que entraban en la producción de las mercancías acabadas. Los factores de producción, aunque su número se fijara en tres o en veinte, eran simplemente mercancías componentes” (Dobb, 1973: 57). Los términos tierra, capital y trabajo no contienen ninguna referencia al conflicto de clases, pueden ser llamados x, y, z, sin modificar en forma alguna su contenido conceptual.

³ Es Theodore W. Schultz quien formula inicialmente la teoría en 1960. Luego Gary S. Becker en su texto “Capital Humano” de 1964 aporta un grado más de formalización. Algunos autores también mencionan el trabajo de M. Bowman como referencia que permite ubicar el surgimiento histórico de esta corriente de pensamiento.

⁴ Gary Becker se dedica a tratar la formación en el trabajo, formación general y específica, y los diferenciales en los ingresos especialmente en los capítulos I y II de “Inversión en capital humano e ingresos”, en el libro titulado *Capital Humano* (Madrid: Alianza Editorial, 1983).

Theomai 29

primer semestre 2014 / first semester 2014

Los neoclásicos centran sus análisis en la explicación de los precios de mercado y su teoría del valor en una concepción subjetivista basada en el concepto de satisfacción y de que el valor depende por entero de la utilidad (Roll, 1994: 372).

Con la idea de la retribución a cada factor por su participación en el proceso (“a cada cual según lo que aporta”) se introduce la noción de que el capital crea valor. La cuestión clásica era la participación de las clases en el producto. El interés en los neoclásicos es sencillamente el precio que le corresponde a esa participación.

Oferta y demanda se encuentran en el mercado, en condiciones perfectas, capitalistas frente a capitalistas; unos poseedores del capital físico y otros del capital humano en igualdad de posiciones, y de este encuentro surgirá el precio del producto. Schultz plantea explícitamente esta noción citando a otro autor: “los trabajadores no se han convertido en capitalistas por la difusión de la posesión de stocks de las empresas, tal como habría señalado el folklore, sino por la adquisición de un conocimiento y una habilidad que tiene valor económico” (Schultz, 1992: 87).

Esta posición se centra en el análisis de las conductas individuales consideradas instrumentales y racionales, o sea, orientadas por la distinción medios-fines y el cálculo costo-beneficio, y analiza este mercado como cualquier otro: excluyendo las relaciones de poder que atraviesan el encuentro entre oferentes y demandantes en un mercado tan particular como el mercado de trabajo.

Dice respecto a la demanda Toharia:

Cualquier economista ortodoxo que abordara el estudio del mercado de trabajo pensaría inmediatamente en analizar la demanda y la oferta de trabajo (o la demanda y la oferta correspondiente a los diferentes tipos de trabajo) y la interacción entre ellas para obtener el nivel de empleo y salario de equilibrio. [...] En cuanto a la demanda de trabajo, se trata de la demanda de un factor de producción derivada de la demanda de producto. El principio de maximización de beneficios por parte de las empresas lleva a la conclusión de que dicha demanda será igual, en condiciones de competencia perfecta, a la productividad marginal del trabajo multiplicada por el precio del producto. La productividad marginal del trabajo depende de la tecnología y la técnica concreta de producción [...] factores exógenos [por lo que la demanda de trabajo no se diferencia de] la demanda de cualquier otro factor de producción (Toharia, 1983: 11 - 12).

En cuanto a la oferta de trabajo, este autor considera que la decisión del trabajador queda circunscripta en la teoría general de la elección del consumidor.

En este modelo, el trabajador tiene la opción de no trabajar cuando considera que la desutilidad es mayor que la utilidad de hacerlo, cuando interviene un cálculo racional entre ocio y trabajo, en pocas palabras la oferta de trabajo es función de su precio y el desempleo es entendido como la no disposición de la gente a trabajar al precio que se ofrece.

Según la *teoría del Capital Humano*, la única situación que hace distinguible al análisis del mercado de trabajo de cualquier otro se presenta cuando la tecnología y la técnica de una

empresa requiere de sus trabajadores una formación específica, en otras palabras, capital humano específico.

Durante los '90 esta argumentación resurgió fuertemente a través del discurso de las competencias. El diagnóstico partía de considerar que existía un "núcleo duro del problema del desempleo juvenil" en América Latina que comprendía predominantemente a las poblaciones pobres. Se le denominaba "desempleo estructural" y era definido por la existencia de brechas fundamentales entre las competencias laborales de los jóvenes que ingresan a los mercados de trabajo y aquellas que son requeridas por los sectores productivos.

En ese análisis, se asumía que el concepto de estabilidad laboral comenzaba a ceder lugar frente al de trabajadores flexibles, lo que automáticamente implicaba para esta concepción trabajadores más y mejor calificados, con capacidad para asumir reconversiones rápidas y asegurar de tal modo y por sí mismos la estabilidad, no en un puesto de trabajo sino en el mercado de empleo. Consecuentemente y dado que la seguridad social estaba en crisis, al compás de las teorías del fin del trabajo, se planteaba que una formación adecuada constituía el mejor seguro contra el desempleo (Weinberg y Casanova, 1996: 10 -11).

En el contexto de los "nuevos modelos productivos" las competencias no provienen de la aprobación de un currículum escolar formal, como sí lo hacían las calificaciones, sino de un ejercicio de aplicación de conocimientos en circunstancias críticas. Este conocimiento necesario para la resolución de problemas no es mecánicamente transmisible; algunos autores lo llaman "conocimiento indefinible" y es una mezcla de conocimientos tecnológicos previos y de experiencia concreta que proviene fundamentalmente del trabajo en el mundo real.

Las competencias así definidas son amplias y flexibles y se incorporan a través de distintas experiencias sociales, familiares, escolares y laborales. Además, no son patrimonio del puesto de trabajo sino que son atributos del trabajador; entonces ellas incorporan elementos individuales y sociales que en cada trayectoria se relacionan de manera única.

La definición misma de las competencias, y obviamente su aprendizaje, exigen entonces, acuerdo y colaboración entre el mundo de la educación y el mundo del trabajo, y se adquieren en trayectorias que implican una combinación de educación formal, aprendizaje en el trabajo y, eventualmente, educación no formal.

De este modo posibilidad de inserción laboral y remuneración quedan nuevamente atadas, por lo menos en el plano discursivo, pero ahora con nuevos términos, ya no referenciados exclusivamente en las titulaciones como en décadas anteriores sino en los niveles, los tipos de formación y la experiencia.

Este discurso fue paulatinamente preparando el terreno para el desembarco a principios del nuevo siglo, en un contexto de aumento, tanto de la cobertura educativa como de las tasas de empleo, de las hipótesis del "matching", las cuales portan un leve desplazamiento en la argumentación hacia los nuevos requerimientos de los empleadores, la información sobre el funcionamiento del mercado que manejan los jóvenes y el desajuste de sus expectativas.

1.2. Las relaciones virtuosas y el ajuste de las expectativas de los jóvenes

Volvamos a la argumentación central sobre los “usos travestidos” del concepto de capital. Weller sostiene que el acceso de los jóvenes a los empleos de calidad depende de la calidad de sus relaciones sociales: “el capital social representa relaciones sociales basadas en la confianza, la cooperación y la reciprocidad” (Weller, 2009).

Ahora bien, tanto en el ámbito internacional como nacional, numerosas investigaciones dan cuenta de que en el mercado de trabajo los contactos personales y las recomendaciones juegan un papel relevante en el acceso a los empleos (Weller, 2007; Jacinto, 2010: 24). Por lo tanto mucho, y desde diversos ángulos, se utiliza el concepto de *capital social* en la problemática de los jóvenes y el empleo.

Weller para analizar este componente del acceso a los puestos de calidad adopta las teorizaciones sobre el capital social construidas por autores como James Coleman, Robert Putnam y Nan Lin⁵. En esta línea teórica, las relaciones interpersonales constituyen un tipo de capital denominado “capital social susceptible de ser utilizado por los actores en la consecución de sus propios fines e intereses”. Esta noción está anclada en la propuesta de James Coleman (1988) y desde el punto de vista que se construye en este artículo esta conceptualización resulta restringida. Al concebir a las relaciones exclusivamente, en tanto recurso que puede o no ser utilizado, se termina cosificando la noción, perdiendo el contenido relacional que su nombre pretendería indicar.

El capital social, como todo capital, es para Bourdieu no un bien o un recurso sino poder o, lo que es lo mismo, “trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o 'incorporada'” (2000: 131). Desarrollaremos en profundidad esta posición más adelante.

Lo novedoso del planteo de Weller reside en restringir aún más el concepto, pues el capital social tal como lo define en su análisis del mercado de trabajo, se circunscribe a cierto tipo de relaciones entre el empleador y el trabajador (de confianza, cooperación y reciprocidad) y excluye otras (conflicto, resistencia, lucha). Sólo quienes poseen este tipo de capital tienen algo valioso para vender en el mercado.

Este argumento se articula directamente con el ajuste de las expectativas a través de su particular concepción del “capital cultural en tanto manejo de los códigos establecidos por la cultura dominante”. Aunque el autor no nos brinda pistas adicionales respecto a este concepto -salvo cuando describe el lugar asignado a los roles tradicionales en la división del trabajo por género, en tanto pautas culturales limitantes de la participación de las mujeres jóvenes en el empleo remunerado (Weller, 2009: 114)-, resulta claro que se refiere al manejo de los códigos requeridos por los empleadores para permanecer en el empleo.

⁵ Alicia Gutiérrez (2007) reconstruye el debate que el concepto *capital social* ha generado desde diversas perspectivas analíticas y muestra cómo sus diferentes conceptualizaciones remiten a teorías de la acción diferentes y en algunos casos opuestas. Por su parte, Dennis Baranger analiza en profundidad y comparativamente la noción en los trabajos de Coleman y Bourdieu. También puede consultarse el texto de Susana Hintze (2004) que reconstruye los aspectos fundamentales del concepto de capital social en múltiples vertientes teóricas.

En su análisis, tal como se expone en el siguiente extracto, se atribuye la explicación de las mayores tasas de salida del empleo que presentan los jóvenes en relación a los adultos a “causas mixtas”. Sin embargo, entre ellas, la única dimensión cualitativa del argumento son las preferencias de los jóvenes,

(...) la causa [Sic] de las mayores tasas de salida del empleo, son mixtas, desde el peso de contratos a corto plazo entre los jóvenes y más frecuentes despidos después de un breve período de trabajo hasta la preferencia de algunos jóvenes de cambiarse con cierta frecuencia de un empleo a otro y el interés en empleos temporales, intercalados con el estudio (Weller, 2009: 127).

Este enlace argumentativo no es casual. La inestabilidad y la precariedad de los puestos de trabajo de los jóvenes se asocian, en este tipo de razonamientos, al desconocimiento que los jóvenes tendrían de las condiciones del mercado y sus requerimientos y a la naturaleza exploratoria de la condición juvenil.

Esto nos conduce directamente al núcleo de las tensiones de los estudios sobre “la juventud”, esto es, a las dificultades para trabajar con esta categoría en tanto grupo social.

1.3. De la heterogeneidad de los problemas de los jóvenes a las dinámicas de la reproducción

El autor salda esa inconveniente tensión reconociendo que los problemas y las perspectivas de los jóvenes son heterogéneos (Weller, 2009: 107) y que diferentes colectivos de jóvenes, a quienes califica como “los menos fuerte”, enfrentan dificultades específicas para su inserción laboral, entre ellos los menos calificados, las mujeres, los jóvenes rurales, los jóvenes con estudios secundarios y, en general, jóvenes procedentes de hogares de bajos ingresos. En su parecer estos grupos requieren de una institucionalidad laboral que proteja sus derechos y que fomente un funcionamiento eficiente del mercado de trabajo para que aumenten los puestos de mayor productividad y se distribuyan de manera equitativa (Weller, 2009: 122).

Resulta un cierre escueto para un texto especializado en este campo ya que la construcción de la categoría juventud ha sido tema de intensos debates. Ella implica una muy amplia gama de fenómenos que han sido abordados desde distintos enfoques disciplinares⁶. En los análisis del mercado de trabajo los planteos al estilo de Weller comparten el espacio con aquellos que enfatizan los aspectos sociohistóricos. Entre los análisis sociológicos resulta difícil sostener una mirada sobre la juventud, ya sea como manifestación social empírica o como construcción conceptual, que no la reconozca como un producto sociocultural e histórico (Morch, 1996: 24-33) estrechamente vinculado al desarrollo de las sociedades

⁶ El abordaje psicobiológico constituye una mirada sobre los individuos cronológicamente jóvenes enfocada en los cambios psicológicos, psíquicos, biológicos y químicos que acompañan su desarrollo. También podemos identificar un tratamiento de este grupo como segmento de la población que se construye en la demarcación a partir de rangos etáreos, criterio de gran utilidad estadística. El enfoque generacional constituye otro tipo de abordaje, como así también el tratamiento de la juventud en términos jurídicos. El enfoque funcionalista se dedicó al problema de las desviaciones juveniles que alteran el normal funcionamiento del sistema.

industriales modernas⁷ y a sus formas de organización⁸.

Desde esta disciplina, la juventud es un fenómeno que surge al interior de una estructura socioeconómica, razón por la cual es preciso poner el foco en los mecanismos sociohistóricos que la construyen. Más que de características esenciales que compartirían todos los individuos que transitan por determinadas edades biológicas, la juventud depende, entonces, de determinaciones sociales históricamente constituidas, que como tales difieren en cada época⁹.

En las investigaciones sobre las trayectorias juveniles para dar cuenta de los cambios epocales respecto a la inserción o el pasaje entre la educación y el trabajo y frente al constante registro de evidencia empírica que muestra una importante diversidad en los recorridos se ha acuñado el concepto de transición. Básicamente, este concepto señala que el proceso que caracteriza el paso de los jóvenes a la adultez (familia-trabajo o escuela-trabajo), que en otras épocas podía ubicarse en momentos puntuales o acotados de la vida, se ha extendido en el tiempo y se caracteriza por la alternancia de períodos de desocupación, empleos precarios e inactividad, y por diversas formas de combinación entre educación y trabajo¹⁰.

Tal como afirma Galland (1984), el ingreso al mundo del trabajo ha sido considerado como un momento crucial para la construcción de la identidad social de los individuos y una de las instancias biográficas que muestra privilegiadamente los mecanismos de reproducción social presentes en un determinado momento histórico.

2. La juventud, los jóvenes: clases de edad y clases sociales

Comencemos por señalar que nos preocupa el hecho de que muchas investigaciones que tienen un franco interés en la problemática de los jóvenes trabajadores no elaboran una explícita mirada teórica sobre el funcionamiento del mercado de trabajo y, en consecuencia, adoptan ligeramente las líneas propuestas en las hipótesis sobre el *matching* sin cuestionarlas. Aceptarlas implica circunscribir el debate a desentrañar si el desajuste se debe a las características de la oferta, de la demanda o a la dinámica que el funcionamiento de la

⁷ Según Sven Morch incluso la palabra "juventud" es de existencia moderna y no encuentra un equivalente lingüístico en los idiomas medievales europeos lo que parecería testificar que sólo en esta época se desarrolló un reconocimiento de este grupo como categoría social.

⁸ Varios autores son referencia obligada de los análisis históricos, principalmente Philippe Ariès.

⁹ Abordamos en profundidad la constitución histórica de la noción de juventud y la separación de ámbitos para la educación y el trabajo que comienzan a extenderse a partir del surgimiento del capitalismo y las implicancias que la existencia de estas transiciones diferenciadas tuvo en términos de las clases sociales en Martín (2008).

¹⁰ Las últimas décadas mostraron importantes alteraciones, no solamente para los jóvenes, en el denominado ciclo de vida tripartito, esto es, en el pasaje por tres períodos temporales sucesivos: formación, trabajo y jubilación, asociadas a tres etapas etarias (niñez, adultez, vejez) (Odonne, 2009). Sin embargo, no resulta menos cierto que no todos los grupos sociales transcurrían su existencia por este ciclo. De hecho, tal como señala Odonne citando a Heiz (2001) "(...) los calendarios y la sucesión de las secuencias surgen de las políticas de reestructuraciones industriales y de las instituciones de protección social que se hallan presentes en cada país (...)". Las formas de organización de la producción, de la organización familiar y de las instituciones educativas y de protección social intervienen en la construcción social de las etapas vitales. La niñez, la juventud, la adultez, la vejez, etc. son categorías socialmente construidas, que como toda clasificación es objeto de disputas, especialmente cuando tiende a naturalizarse su existencia generalizando las condiciones de vida de algunos grupos al todo social. La niñez, la juventud, la vejez y las instituciones protectoras que permitieron la existencia de etapas de la vida preservadas de las actividades laborales, aún en la época de posguerra, en el contexto del Estado de Bienestar Europeo, y en la actualidad, lejos estuvieron y están de ser universales en sentido estricto.

macroeconomía imprime a los mercados de trabajo. Sólo es posible este debate restringido en el marco de una mirada individualista, esencialista y no relacional que sustrae la problemática del campo de la reproducción para transformarlo ya sea en el problema de la inserción o de la transición entre la educación y el trabajo.

Para superar esta brutal reducción en el campo de las problemáticas tratadas es preciso plantear que las relaciones que se entablan en el mercado de trabajo son apenas una porción del entramado de relaciones que se debe enfocar para comprender su funcionamiento. Al mismo tiempo es necesario considerar que la segmentación de los mercados de trabajo no se explica por las cualidades diferenciales de los grupos de trabajadores sino que expresa las relaciones de dominación de variada índole.

La mirada que se propone adoptar implica trabajar desde una perspectiva relacional el análisis del mercado de trabajo. Este punto de vista supone poner siempre bajo sospecha las argumentaciones de una disciplina económica cuya manifestación es el mito de la "teoría económica pura", que se pretende escindida de lo social y de lo histórico. Una teoría que opone una lógica propia de la economía, arraigada en la competencia y generadora de eficacia y una lógica propia de lo social, sometida a la regla de la equidad.

La teoría económica "pura" o neoclásica se funda desde su origen en la formidable abstracción etnocentrista que resulta de homologar racionalidad con racionalidad económica individual y de aislar las condiciones económicas y las sociales. Oculta así que el análisis costos-beneficios y la maximización de la ganancia son productos de las disposiciones adquiridas por los agentes en una forma de organización histórica y concreta que los hombres se han dado desde los inicios del capitalismo (Bourdieu, 2001: 20).

Las estructuras y los agentes económicos o, más exactamente, sus disposiciones y prácticas, son construcciones sociales indisociables del conjunto de la estructura social. Tal como sostiene Bourdieu "el verdadero objeto de una economía de las prácticas no es, en última instancia, otra cosa que la economía de las condiciones de producción y reproducción de los agentes y las instituciones de producción y reproducción económica, cultural y social, es decir, el objeto mismo de la sociología en su definición más completa y general" (Bourdieu, 2001: 26).

2.1. Campos, capitales y mercados

El mundo social puede ser pensado según Bourdieu como un espacio multidimensional de posiciones o campo de estructura de posiciones. Esta autor construyó su noción de campo - en abierta disputa con las corrientes estructuralistas mecanicistas y con las corrientes humanistas- como un espacio de fuerzas constituido por la distribución desigual de un capital que genera posiciones diferentes entre los agentes y las instituciones que participan, que comparten intereses y apuestas -una *illusio*, una creencia- y que luchan por la acumulación de ese capital específico.

Para Bourdieu, entonces, todo ámbito de las prácticas sociales constituye un campo de relaciones de fuerzas entre los participantes y de luchas por mantener o subvertir, según sus posiciones y su capital específico asociado, esas relaciones de fuerza.

Esta noción se acompaña con el reconocimiento de la eficacia primordial del capital económico en la configuración de los campos, pero también con la inclusión en la explicación, con diversos grados de eficacia según sea el estado del campo, de otras especies de capital como el cultural, el social o el simbólico.

Junto con el tratamiento del espacio social como espacio pluridimensional, Bourdieu reconoce que existe una "jerarquía" entre las especies de capital, por la cual el campo económico "tiende a imponer su estructura a los otros campos". En un mismo movimiento, este autor le otorga vital importancia para pensar las relaciones entre las estructuras al concepto marxista de "autonomía relativa" y se interesa por contribuir al análisis de sus mecanismos, es decir, al esclarecimiento de cómo ella funciona (Bourdieu, 1996: 12).

Bourdieu funda la mayoría de sus trabajos en dos preocupaciones: cómo se estructuran -económica y simbólicamente- la reproducción y la diferenciación social y cómo se articulan estas dos dimensiones en la construcción del poder (García Canclini, 1990: 14).

Para este autor las relaciones económicas entre las clases son fundamentales y es el capital económico el que en última instancia determina las diversas formas en que las transformaciones de las diversas especies de capital se manifiestan. El campo de la producción, en tanto sistema de las relaciones objetivas entre sus agentes y lugar de lucha por la apropiación del poder, es en definitiva la "irreductibilidad universal a la economía" (Bourdieu 2000: 159), entendida en el sentido amplio del término propuesto en su economía de las prácticas. Así, la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación sino por el contrario a la sobredeterminación (García Canclini, 1990: 16).

En el espacio social, los agentes y grupos de agentes se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura del capital que poseen. Más concretamente, la posición de un agente determinado en el espacio social se define por la posición que ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos (capital económico, cultural, social, simbólico, en sus distintas especies y subespecies). Pero la fuerza de que disponen los agentes depende también (además del volumen y estructura del capital que poseen) del estado de actual de la lucha.

Se trata de una lucha simbólica por la definición de sus instrumentos y de su objeto mismo. Pero también por definir cuáles son las apuestas legítimas y cuál el porcentaje de conversión entre las distintas especies de capital. Esta tasa de cambio constituye una de las apuestas fundamentales de las luchas.

Ya señalamos que para Bourdieu el capital es no un bien o un recurso sino poder o, lo que es lo mismo, "(...) trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o 'incorporada'" (2000: 131). Para este autor,

(...) la base universal del valor, la medida de todas las equivalencias, no es otra que el tiempo de trabajo, en el más amplio sentido del término. El principio de conservación de la energía social, vigente a través de todas las transformaciones de capital (...) (2000: 159).

Uno de las ventajas más valiosas de todas las formas de capital es la posibilidad de apropiarse del tiempo de trabajo de otros (Bourdieu, 2000: 160). Toda estrategia de reproducción es a su vez una estrategia de legitimación tanto de las prácticas necesarias para la apropiación de las distintas especies de capital como de la misma dinámica de su reproducción (Bourdieu, 2000: 163). Es por ello que el momento de la herencia, de la transmisión, es decir del paso de los capitales acumulados a las nuevas generaciones es un momento crítico (Bourdieu, 2000: 162).

Volviendo a las preocupaciones centrales de este artículo, interesa asimismo señalar que según Bourdieu:

(...) la Escuela del capital humano [...] no puede explicar el significado relativo que los diferentes agentes y clases sociales atribuyen a las inversiones económicas y culturales [...] porque no consideran la estructura de las diversas oportunidades de beneficio que ofrecen los diferentes mercados, dependiendo de la magnitud y distribución de su correspondiente ámbito de operación. Por ende olvida relacionar las estrategias de inversión escolar con el conjunto total de estrategias educativas y con el sistema de estrategias de reproducción (Bourdieu, 2000: 137).

Desde esta perspectiva, ya no es posible pensar en la formidable abstracción del mercado en tanto espacio destinado al simple intercambio de mercancías. La construcción social de los mercados no es una proposición novedosa (Solow, 1990; Pries, 2000; Toharia, 1983; Neffa, 2008) y en el esquema bourdeano se elabora proponiendo que ellos puedan pensarse en una mutua imbricación, como campos, a condición de que los capitales específicos que en ellos circulan "(...) se presenten como raros y dignos de ser buscados en una formación social determinada (...)". A su vez, tiene que constituirse un mercado en torno a ese bien para que surja un campo específico. En este sentido el mercado de trabajo es pensado como un campo de luchas (Bourdieu, 2000b: 248-251).

Junto con estas ideas es preciso añadir que las preferencias, clasificaciones, tipificaciones, representaciones, percepciones, no son formas universales ni trascendentes de relacionarnos con la materialidad del mundo que nos rodea, por el contrario, son formas social e históricamente determinadas. En términos de la teoría de Pierre Bourdieu, son esquemas de pensamiento que se configuran y transforman en la dialéctica entre estructuras objetivas y disposiciones mentales. Pero estas nociones forman parte de un debate de ninguna manera reciente en las ciencias sociales. En la polémica de larga data entre idealismos y materialismos ha prevalecido básicamente el examen de dos cuestiones: la estructura interna de los esquemas ideológicos y las funciones sociales o políticas de los objetos simbólicos¹¹.

¹¹ No es nuestra intención repasar todos los nudos problemáticos de esta discusión sino sólo establecer nuestra posición. Para ello podríamos retomar el planteo de destacados autores de los últimos siglos, pero atendiendo al espacio disponible, dos breves referencias servirán para señalar el lugar que adoptamos en este debate. Para Vico "(...) el sujeto racional ha llegado a serlo a través de la historia, esto es ha llegado a ser racional produciéndose como tal a lo largo de cruentas luchas. La Razón, las ideas en tanto concepto, es una proyección en el orden de lo teórico de la capacidad subjetiva del conocimiento que existió antes en el orden práctico como resultado de la práctica del sujeto humano en la historia" (Samaja, 1997: 65-66). Llegar al verdadero conocimiento de la realidad, "el todo en su rica complejidad de determinaciones", implica un proceso en el cual partiendo de la ambigüedad inicial de la *experiencia vivida* (todo-concreto-abstracto), percibimos sus contradicciones (todo-concreto en vías de determinación), resolvemos en nuevas síntesis su consistencia contradictoria (mediación dialéctica) y alcanzamos la unidad sintética de lo múltiple reintegrado, en la forma de la totalidad concreta determinada. Esta totalidad concreta determinada no consiste "(...) en una *imagen formal* o concepto, sino en una *realidad rica, compleja*,

Desde este punto de vista, resultan relevantes las producciones que se han interesado por la segunda de ellas.

Este desarrollo implica, en el análisis de las clases sociales y los jóvenes que estamos proponiendo, que resulta central establecer cómo ellos participan en las relaciones de producción establecidas en los distintos mercados. Pero también significa que no basta con ello para dar cuenta de las prácticas y las distinciones simbólicas basadas en construcciones culturales, tales como la edad, la pertenencia étnica, de género, etc. Estos principios de distinción no son sólo rasgos complementarios o consecuencias secundarias de su ubicación en el proceso productivo sino que componen un conjunto de *características auxiliares* que pueden funcionar en el marco de las estrategias de reproducción y lucha entre las distintas clases y fracciones como principios de selección, diferenciación y dominación, aunque no sean explícitamente enunciados.

Entonces, sea cual fuere el campo considerado, las relaciones que se establecen entre las posiciones que ocupan los agentes al interior de un campo en base a la distribución, estructura y génesis de las especies de capital, tiene siempre la eficacia explicativa de las prácticas. Pero el peso relativo de los diferentes factores que constituyen ese sistema varía de un campo a otro, o de un estado a otro -es decir, en momentos históricos diferentes- del mismo campo. En otras palabras, todas las propiedades incorporadas (en forma de disposiciones duraderas) u objetivadas (bienes económicos, culturales, sociales o simbólicos) que están vinculados a los agentes, constituyen los factores explicativos de las prácticas. Pero, al considerar un campo particular, no todas esas propiedades son siempre simultáneamente eficientes:

(...) la lógica específica de cada campo determina aquéllas que tienen valor en ese mercado, que son pertinentes y eficientes en el juego considerado, que, en la relación con ese campo, funcionan como capital específico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas (Bourdieu, 1996: 243)

El mundo social no reviste la forma de un universo de posibles igualmente posibles para todos. Así, un determinado tipo de condiciones objetivas da lugar a cierto tipo de posibilidades objetivas, que son interiorizadas por una categoría de agentes y produce en ellos un determinado sistema de disposiciones. Pero contra las lógicas mecanicistas, Bourdieu sostiene que este sistema de disposiciones realiza una integración única, que implica un tipo particular de "desviación" respecto al haz de trayectorias característico de esas condiciones objetivas.

En consecuencia, la trayectoria modal forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase. Y en relación con la trayectoria modal es que se define la trayectoria individual de un agente.

dinámica, y que no sólo es el resultado de un proceso, sino que integra simultáneamente el propio proceso en su efectación" (Parisi, s/d: 35-36; resaltado propio). Pero conocer es sólo el primer paso, "[...] aprovechando una experiencia larga, y a veces cruel, confrontando y analizando los materiales proporcionados por la historia, vamos aprendiendo poco a poco a conocer las consecuencias sociales indirectas y más remotas de nuestros actos en la producción, lo que nos permite extender también a estas consecuencias nuestro dominio y nuestro control. Sin embargo, para llevar a cabo este control se requiere algo más que el simple conocimiento. Hace falta una revolución que transforme por completo el modo de producción existente hasta hoy día y, con él, el orden social vigente" (Engels, 1981: 77).

La clase, pues, constituye un principio explicativo fundamental en la comprensión de los fenómenos sociales, pero tras la mediación del campo (como estructura de posiciones específica) y del habitus (como las condiciones objetivas asociadas a las clases e incorporadas a lo largo de una trayectoria social), es decir, de forma no mecánica.

Aunque es evidente, debemos decir que consideramos fecunda la perspectiva analítica propia que Pierre Bourdieu elaboró edificada sobre acercamientos y rupturas con la tradición sociológica clásica. Sus aportes son especialmente productivos cuando el objeto de investigación se interesa por las luchas cotidianas individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar las estructuras (Bourdieu, 1996: 129).

2.2. Clases, capital cultural y sistema educativo

Los análisis sobre la educación de Bourdieu reflejan su preocupación sobre las formas en que la herencia de capital cultural se vincula con el acceso a distintas posiciones en el espacio social, o en otros términos, la relación entre reproducción cultural y reproducción social.

Las estrategias de conversión de las diversas especies de capital, junto con el concepto de capital cultural en sus tres estados, resultan especialmente pertinentes. Por una parte, el capital cultural existe en estado incorporado, es decir, como conjunto estructurado de disposiciones interiorizado en las personas. También existe en estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales diversos: máquinas, libros, diccionarios, herramientas, etc. Por otra parte, existe el capital cultural en estado institucionalizado, es decir, garantizado por un certificado que tiene un valor legal: el título. Como tal, es un producto específico de una institución moderna: el sistema educativo, que tiene una posición privilegiada como institución dispensadora de títulos y acreditaciones formales de la cultura.

La cultura escolar no es neutra, aunque se presente como tal en las teorías *funcionalistas*. Toda selección es un recorte de lo que se considera legítimo transmitir, y la distancia de los individuos respecto de ese recorte, determinada por el origen social a través de las disposiciones (habitus), es la base de la función de selección y diferenciación social que realiza la escuela.

El sistema educativo y las acciones pedagógicas se corresponden con los intereses materiales y simbólicos de los grupos o clases. Los contenidos y prácticas escolares son el resultado de la dominación de unas clases y fracciones sobre otras que se expresa a través de la imposición de un arbitrario cultural. Esta imposición se consigue mediante la violencia simbólica, esto es, el poder de imponer significaciones y, además, de hacerlo en forma legítima. A este poder, se agrega el ocultamiento de las relaciones de fuerza que están en su origen al presentar este arbitrio como universal.

Lo que quieren señalar los autores de *La Reproducción* es la importancia del enmascaramiento de las relaciones de dominación subyacentes en la práctica pedagógica misma, para garantizar su eficacia. Más aún, para eliminar cualquier resistencia a la inculcación de la cultura dominante. La violencia simbólica es tan sutil como para que los dominados no la perciban como tal, sino como transmisión cultural objetiva frente a la que deben esforzarse. Este principio garantiza que el fracaso escolar sea interiorizado como fracaso individual (Bourdieu y Passeron, 1981)

Para que el sistema educativo pueda cumplir eficazmente su tarea, debe ocultar también su función social de reproducción, imponiendo la creencia de su autonomía relativa respecto del mundo exterior a la escuela. Para trabajar la explicación de las desigualdades sociales y los mecanismos con los que éstas se configuran, legitiman, reproducen o cambian en las sociedades contemporáneas el análisis del fenómeno educativo es uno de los insumos esenciales, desde hace ya varias décadas, que contribuye al estudio de la estructura social en su conjunto y no sólo al de las trayectorias individuales¹².

2.3. De las relaciones sociales y el capital social

La noción bourdiana de capital social implica la referencia a relaciones sociales entre posiciones en el marco de su esquema analítico general, pero además, es también un capital construido en base a las relaciones interpersonales, en definitiva, es relacional en múltiples aspectos.

Bourdieu define el capital social como:

(...) conjunto de recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de inter-reconocimiento; o, en otros términos, a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no están solamente dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos) sino que están también unidos por lazos permanentes y útiles [...producto de] estrategias de inversión social consciente o inconscientemente orientadas hacia la institución o reproducción de relaciones sociales directamente utilizables, a corto o a largo plazo (Bourdieu, 1980; citado en Gutiérrez, 2008: 2).

Siguiendo a Baranger (2005: 215), podemos decir que para Bourdieu el capital social opera como un multiplicador que hace en forma instrumental y directa a las probabilidades de valorización de las demás especies de capital. Pero, además de esta dimensión, hay que considerar tres más: que funciona como capital simbólico, esto es que el capital social concurre “por procuración” a producir la unidad interna de la clase dominante y correlativamente a reforzar su distinción respecto del resto del universo social; finalmente, que el capital social existe también bajo la forma de capacidad incorporada para entablar y mantener relaciones, adquirida en la familia y en instituciones educativas de elite, y por ende es muy semejante en ello al capital cultural.

¹² Es en este punto donde las mediaciones entre Sistema Educativo y Sistema Productivo en los términos que plantea G. Frigotto en su libro *La productividad de la escuela improductiva* cobran importancia en la construcción de nuestra posición teórica. Además de su función ideológica, en las actuales condiciones históricas la escuela lleva adelante otra serie de mediaciones con el Sistema Productivo, entre ellas la prolongación innecesaria en circuitos escolares devaluados y descalificantes de los jóvenes de determinados sectores sociales, abasteciendo un reservorio de mano de obra barata o sirviendo como válvula de escape de las tensiones sociales que darían lugar a un extenso tratamiento (Frigotto, 1998).

A diferencia de otras conceptualizaciones del capital social y su extensión al concepto de redes sociales, éstas no son un mero recurso colectivo a disposición o no de los actores individuales. La posibilidad de construcción y de utilización de estas redes son en sí mismas dinámicas relacionales afectadas por la posición que los agentes ocupan en el campo social (y en el campo particular al que se remita el análisis concreto).

En otras palabras, no todos los actores están en las mismas condiciones para lograr que las relaciones sociales funcionen siempre como recurso multiplicador, lo relevante desde esta perspectiva no resulta ser la cantidad de relaciones que cada agente “posee” sino la posición desde la cual estas relaciones se construyen, es decir, si se lo hace desde una posición dominante o subordinada según sea la clase o fracción de clase a la que se pertenezca.

A modo de cierre: generaciones, clases de edad y clases sociales

En una entrevista de 1978, Pierre Bourdieu afirmaba que “la 'juventud' no es más que una palabra” (Bourdieu, 1990: 163). Esta expresión comparte la intención provocadora contenida en otro enunciado de esta índole: clases “en el papel” (1990: 284) y busca situar el problema de *la juventud* en las lógicas y luchas sociales por la reproducción, alejándolo de la ilusión del sustancialismo y colocando la reflexión sobre el lenguaje al interior del análisis de la lucha de clases. Las categorías del lenguaje, que son, al mismo tiempo, categorías de pensamiento son también instrumentos de la lucha por la constitución de los grupos mismos.

Desde *Los estudiantes y la cultura* (Bourdieu y Passeron: 1967), Bourdieu se propone romper con la imagen de una juventud unificada y de la existencia de una cultura juvenil, mostrando en distintos trabajos que se imputa las características de reducidos grupos a “los jóvenes” así, el diletantismo, la autonomización de la vida estudiantil respecto a la profesional, las estrategias arriesgadas, son el patrimonio no de los jóvenes en general, ni siquiera de los estudiantes en general, sino de aquellos que pueden permitírselo porque, proviniendo de familias en mejores posiciones sociales pueden financiar el “tiempo” que implican estas prácticas.

Proponer la consideración de la edad en cuanto característica auxiliar, entre las propiedades que permiten identificar las posiciones en los campos, significa que ella resulta pertinente en el análisis en tanto está mediada por “la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas” (Bourdieu, 1996: 104). Lo que implica construir las redes de relaciones en cada uno de los factores determinantes. Esta red constituye un sistema, cuya estructura está determinada por aquellos factores que tiene el peso funcional más importante: volumen y estructura del capital. Ellos le dan la forma y el valor específico a las determinaciones que imponen a las prácticas las restantes propiedades.

Ahora bien, veamos cómo se trata a la edad en este esquema analítico en relación a la conformación de los grupos. La noción “clase de edad” se refiere a la división que se opera, en el interior de un grupo, entre los sujetos, en función de una edad social: definida por una serie de derechos, privilegios, deberes y delimitada por una serie de momentos de transición que difieren históricamente: matrimonio, servicio militar, primera comunión, certificados de escolaridad, constitución del propio hogar, autonomía en los ingresos, asunción de tareas reproductivas, etc. Ahora bien, las clases de edad no segmentan grupos homogéneos en el

todo social. Cada grupo social establece una serie de pautas de acceso en forma de “ritos de pasaje” de una clase de edad a otra. La división entre clases de edad, por tanto, es variable históricamente: no depende de una serie de “naturalezas psicológicas” previas, sino que se construye en el seno de cada grupo social en función de sus condiciones materiales y sociales de existencia y de sus condiciones y estrategias de reproducción social (Martín Criado, 1998: 87).

Considerando a la edad en este sentido, veamos cómo se articula esta noción con los mecanismos hereditarios vinculados a las estrategias de reproducción.

Bourdieu señala que una parte de los conflictos llamados de generación se entablan entre los nuevos miembros y los viejos del grupo en torno a la sucesión y a la definición de las clases de edad. Es decir, las luchas pueden surgir a partir de los cambios en las condiciones de reproducción de cada grupo y de transmisión hacia los miembros jóvenes de la herencia y de la posición. Los cambios en las diferentes relaciones con el sistema escolar y su creciente importancia en las estrategias de reproducción a partir de la incorporación a él de nuevos grupos, modifica las expectativas laborales y de diversa índole que la prolongación de la escolaridad supone tanto para los miembros jóvenes como para los viejos.

En términos de la posición que los jóvenes trabajadores encuentran en el mercado de trabajo, podemos decir entonces que es el espacio privilegiado para analizar no tanto las estrategias de reproducción y las reglas de sucesión en determinada organización social entre los nuevos trabajadores y los viejos trabajadores, sino para abordar a través de ellas la disputa entre las distintas clases y fracciones por la futura composición de las posiciones en el campo. En definitiva, el objeto de la lucha es la apropiación del poder y la dominación que cada grupo pretende heredar a sus miembros jóvenes y el momento, el cuándo está dispuesto a hacerlo.

Lo expuesto implica plantear que: a) las dinámicas de la construcción y producción de las clases de edad, no biológicas sino socialmente construidas, remite la problemática al análisis de las diferentes estrategias de reproducción de los grupos sociales y b) que los conflictos generacionales implican luchas entre las clases sociales tanto por el control del acceso a las distintas posiciones, las reglas de valorización, de conversión y de transmisión de los diversos tipos de capitales como por, fundamentalmente, la legitimación de los mecanismos de transmisión y lucha entre detentadores y sucesores en torno al tiempo de la sucesión en el interior de cada clase y fracción. “La herencia es un conjunto de derechos preferenciales sobre el futuro [...] De acuerdo con ello es que debe leerse como se distribuyen entre las clases las posibilidades de acceso a los distintos órdenes del sistema de enseñanza” (Bourdieu, 2011: 95).

Recolocar los estudios sobre la juventud su formación y sus posibilidades laborales en el marco de las estrategias de reproducción entre los grupos, y al mismo tiempo al interior de cada grupo, implica ampliar el campo de interrogantes reconduciéndolo más allá de las restricciones que la Teoría del Capital Humano ha impuesto. Implica cambiar las preguntas sobre el desajuste entre las expectativas de los jóvenes trabajadores y los requerimientos de sus empleadores hacia las pistas que estos supuestos desajustes nos brindan sobre los mecanismos de articulación entre las diferentes esferas o campos de la vida social. En definitiva, preguntarnos por la multiplicidad de determinantes que se encuentran en el mercado de trabajo, entendiéndolo ahora sí como un espacio en el que entran en relación más que simples vendedores y compradores: agentes sociales (y no sólo actores económicos).

Implica en síntesis oponerse a quienes encuentran en la reificación de las “leyes del mercado” el mecanismo ideal para ocultar la posibilidad de pensar el mercado de trabajo como un campo de luchas y conlleva también evitarse el trabajo incesante de legitimar la apropiación del porvenir de los demás.

Bibliografía

- ARIÉS, Philippe: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus, 1987.
- BARANGER, Dennis: *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- BECKER, Gary: **Capital Humano**. Madrid, Alianza Editorial, 1983.
- BONAL, Xavier: **Sociología de la educación. Una aproximación a las corrientes contemporáneas**. Buenos Aires, Paidós, 1998.
- BOURDIEU Pierre: **Sociología y cultura**. México, Editorial Grijalbo, 1990.
- BOURDIEU, Pierre: “Le capital social. Notes provisoires”, en **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, nº 31, pp. 2-3, 1980. [El capital social. Notas provisionarias. En Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*, Córdoba, Ferreyra Editor. Citado en: GUTIERREZ, Alicia: “Redes e intercambio de capitales en condiciones de pobreza: dimensión relacional y dimensión vincular” en **REDES** (Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales), Vol.14 #4, 2010, junio. <http://revista-redes.rediris.es>
- BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude: **La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza**. Barcelona, Editorial Laia, 1981.
- BOURDIEU, Pierre: **Capital cultural, escuela y espacio social**. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.
- BOURDIEU, Pierre: **Cosas dichas**. Barcelona, Gedisa editorial, 1996.
- BOURDIEU, Pierre: **Las estructuras sociales de la Economía**. Buenos Aires, Manantial, 2001.
- BOURDIEU, Pierre: **Poder, Derecho y Clases Sociales**. España, Editorial Desclée, 2000.
- BOURDIEU, Pierre: “La huelga y la acción política” en **Cuestiones de Sociología**. España, Editorial Istmo, 2000b.
- BOURDIEU, Pierre: **Las estructuras sociales de la economía**. Buenos Aires, Manantial, 2001.
- BOWMAN, M: “The human capital investment: revolution in economic thought” en: **Sociology of Education**, Volúmen 39, 1966.
- COLEMAN, James: “Social Capital in the Creation of Human Capital” en **American Journal of Sociology**, 94, pp. 95-121, 1988.
- DOBB, Maurice: **Introducción a la economía**. México, FCE, 1973.
- FRIGOTTO, Gaudêncio: **La productividad de la escuela improductiva**. Buenos Aires, Miño y Dávila, 1998.
- GALLAND, Olivier : “Precarité et entrées dans la vie” en **Revue Française de Sociologie**, XXV, Paris, 1984.
- GARCIA CANCLINI, Néstor: “La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” en BOURDIEU, Pierre. **Sociología y cultura**. México, Editorial Grijalbo, 1990.
- GUTIERREZ, Alicia: “El ‘Capital social’ en la pobreza: apuesta, medio y resultado de luchas simbólicas” en PAVCOVICH, P. y TRUCCONE, D. (comp.). **Aproximaciones teóricas al estudio de la pobreza en Argentina**, Villa María, Ed. de la Universidad Nacional de Villa María, 2007.
- HINTZE, Susana: “Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el ‘capital social de los pobres’” en DANANI, C. (comp.). **Política social y economía social. Debates**

- fundamentales** (pp. 143-166). Buenos Aires, Altamira- Fundación OSDE-UNGS, 2004.
- JACINTO, C.; CHITARRONI, H: **Precariedades, rotación y acumulación en las trayectorias laborales juveniles**, 9º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2009.
- JACINTO, Claudia: **La construcción social de las trayectorias de los jóvenes**. Buenos Aires, Teseo- IDES, 2010.
- MARTÍN, María Eugenia: **Juventud, educación y Trabajo: La dinámica entre estructuras y agentes burocráticos en las políticas de Mendoza**. Premio a la Innovación de las políticas públicas tesis doctorales. Secretaría de la Gestión Pública de la Jefatura de Gabinete de Ministros - Fundación CIPPEC, Buenos Aires, 2008.
- MARTÍN CRIADO, Enrique. **Producir la Juventud. Crítica de la Sociología de la Juventud**. Madrid, Ediciones ISTMO, 1998.
- MARX, Carlos y ENGELS, Frederic. **Obras escogidas**. Tomo III. Moscú, Editorial Progreso, 1981.
- NEFFA, Julio y otros: **Teorías económicas sobre el mercado de trabajo III. Análisis institucionalistas**. Buenos Aires, FCE/CEIL-PIETTE, 2008.
- ODONNE, Julieta: **El estudio sociológico de las generaciones. Curso Jóvenes, educación y trabajo. Nuevas tendencias y desafíos**. Buenos Aires, FLACSO, 2009.
- OIT: **Tendencias mundiales del empleo juvenil 2012**. Disponible en: <http://www.oit.org.pe/4/?p=80>
- PARISI, A: *“Exposición sobre la forma y desarrollo del método dialéctico del pensar”* en PARISI, A. **Filosofía y dialéctica**. s/d.
- PÉREZ, P: *“El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación”* en **Revista Estudios del Trabajo** n° 34, Buenos Aires, 2008.
- PÉREZ, P: **El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación**. 8º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2007.
- PESCADOR, José Ángel: *“Teoría del Capital humano: Exposición y crítica”* en TORRES, Carlos Alberto y GONZÁLEZ RIVERA, Gabriel. **Sociología de la educación: corrientes contemporáneas**. Buenos Aires, Miño y Dávila, 1994.
- PRIES, Ludger: *“Teoría sociológica del mercado de trabajo”* en DE LA GARZA TOLEDO, E. (coord.). **Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo**, México, FCE, 2000.
- ROLL, Eric: **Historia de las doctrinas económicas**. Buenos Aires, FCE, 1994.
- SAMAJA, Juan: **Epistemología y Metodología: Elementos para una teoría de la investigación científica**. Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
- SCHULTZ, Theodore: **Restablecimiento del equilibrio económico**. Barcelona, Gedisa, 1992.
- SOLOW, R: **El mercado de trabajo como institución social**, Madrid, Alianza, 1990.
- MORCH, Sven: *“Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud”* en **Revista Jóvenes**, Año 1 Número 1, p.p. 24-33, México, 1996.
- SCHULTZ, Theodore W: *“La inversión en capital humano”* en FERNANDEZ ENGUITA, Mariano. **Sociología de la Educación**. Madrid, Alianza Referencia, 1999.
- TOHARIA, Luis: **El Mercado de Trabajo: Teorías y aplicaciones**. Madrid, Alianza Universidad Textos, 1983.
- WEINBERG, Pedro Daniel y CASANOVA Fernando: **Formación y trabajo: de ayer para mañana**. Montevideo, CINTERFOR, 1996.
- WELLER, J: *“La inserción laboral de los jóvenes: características, tensiones y desafíos”* en **Revista de la CEPAL**, n° 92, pp. 61- 81, 2007.
- WELLER, Jürgen: *“Oportunidades y obstáculos. Las características de la inserción laboral juvenil en economías en expansión”* en **Revista del Trabajo**. Año 4, N° 6. Buenos Aires, Ministerio de

Theomai 29

primer semestre 2014 / first semester 2014

Trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2009.